

ELLIS PETERS

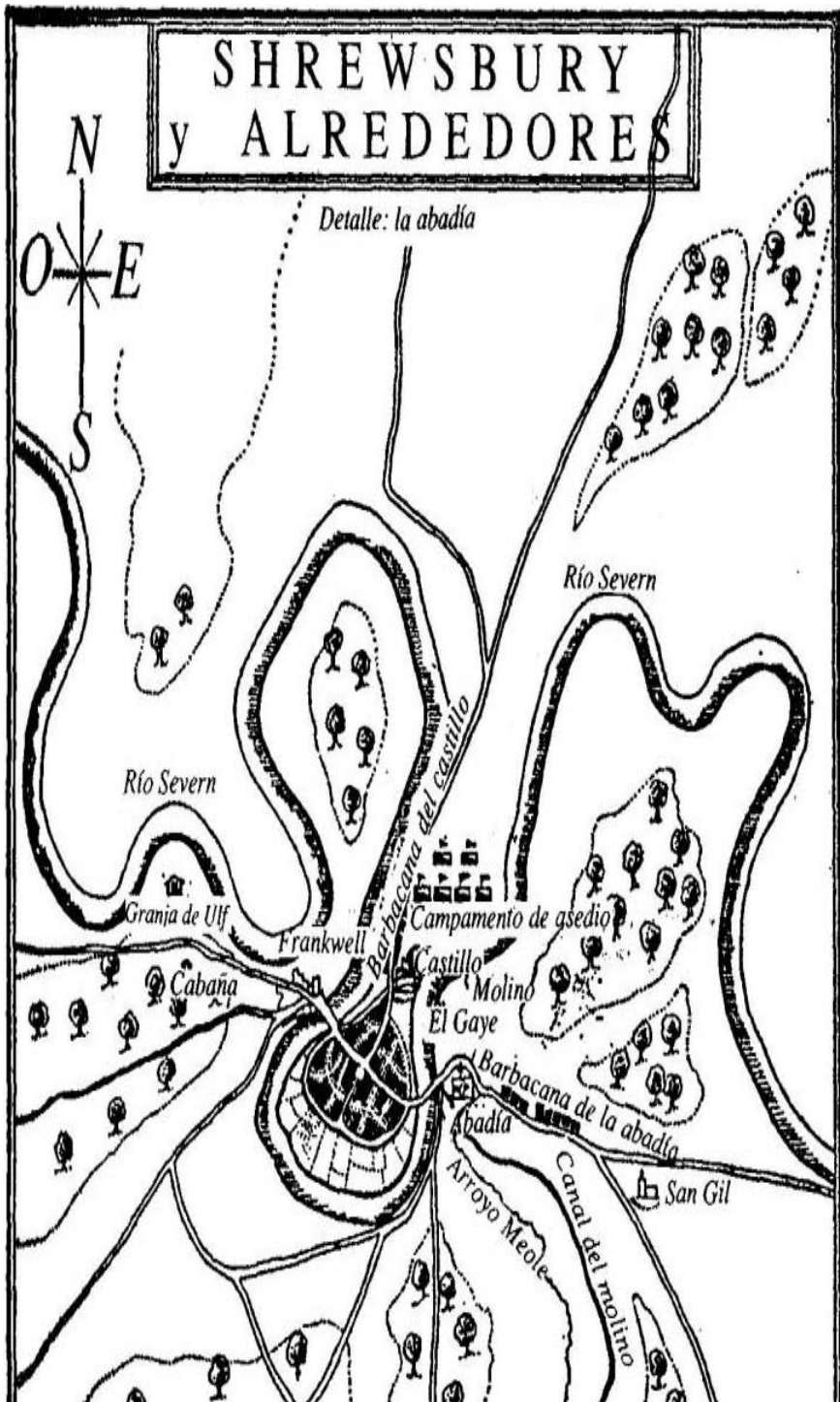


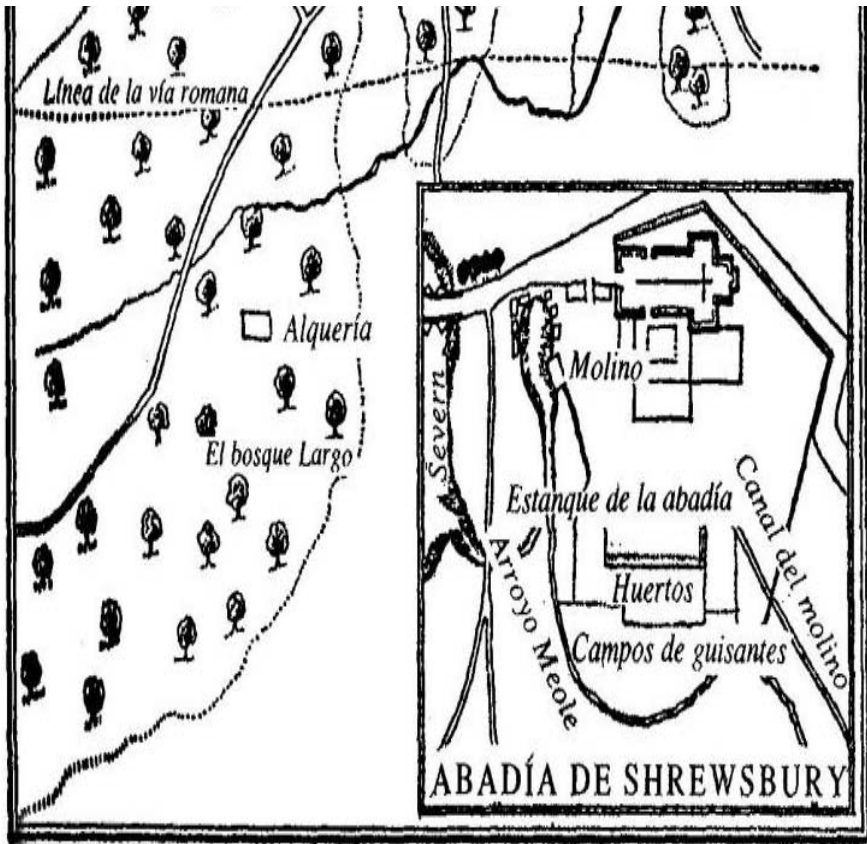
Fray Cadfael 12

El cuervo de la Barbacana

Natividad del señor, año de 1141. El abad Radulfo regresa de Londres, trayendo consigo a un sacerdote para el beneficio vacante de la Santa Cruz (conocida también como la Barbacana); un hombre de gran prestancia, erudición y disciplina, aunque carente de humildad y capacidad de comunicación con los demás.

Cuando le descubren ahogado en el estanque del molino, la sospecha se extiende en distintas direcciones; particularmente, hacia un joven que acompañaba al sacerdote, que había sido enviado a trabajar en el huerto de fray Cadfael y que estaba claro que carecía de vocación sacerdotal. Es más, pronto se atrae la amistad de una joven tan hermosa como temible.





I



quel primer día de diciembre el abad Radulfo acudió al capítulo con semblante preocupado y ceñudo y despachó en un santiamén las distintas trivialidades que le plantearon sus monjes. Aunque era un hombre parco en palabras, por regla general siempre se mostraba pacientemente dispuesto a soportar las divagaciones y la locuacidad de los que le hacían peticiones o sugerencias, pero aquel día estaba claro que tenía cosas más urgentes en que pensar.

—Debo anunciaros —dijo tras haber resuelto satisfactoriamente la última fruslería— que os tendré que dejar unos días al cuidado del padre prior con quien espero y exijo que os mostréis tan obedientes y serviciales como conmigo. He sido convocado a un consejo que celebrará en Westminster el legado del santo padre Enrique de Blois, obispo de Winchester. Regresare en cuanto pueda, pero en mi ausencia deseo que elevéis plegarias para que esta reunión de prelados sea presidida por un espíritu de prudencia y reconciliación, por el bien y la paz de esta tierra.

Su voz sonaba seca y serenamente resignada. A lo largo de los últimos cuatro años no había habido demasiada inclinación a la reconciliación en Inglaterra entre los rivales que se disputaban la corona; ninguno de los dos bandos había hecho gala de una excesiva prudencia. Sin embargo, era deber de la Iglesia seguir esforzándose y no perder la esperanza, en la medida de lo posible, incluso cuando la situación del país parecía haber regresado al mismo punto en el

que se había iniciado la contienda civil, para repetir de nuevo todo el infructuoso ciclo.

—Soy bien consciente de las cuestiones que tenemos pendientes aquí —añadió el abad— y que también requieren nuestra atención, pero estas deberán esperar hasta mi vuelta. En particular, está la sucesión del padre Adan, difunto vicario de esta parroquia de la Santa Cruz, cuya pérdida todavía lamentamos. El beneficio depende de esta casa. El padre Adan ha sido durante muchos años un valioso colaborador nuestro en la adoración a Dios y la cura de las almas, por lo cual su sustitución tiene que ser motivo de plegaria y reflexión. Hasta mi regreso, el padre prior dirigirá los servicios parroquiales como estime conveniente y todos vosotros estaréis a sus órdenes —abarcando con su oscura mirada toda la sala capitular, el abad interpretó el silencio general como una prueba de comprensión y asentimiento, y se levantó sin más—. El capítulo ha terminado.

—Bueno, por lo menos, si se va mañana, tendrá buen tiempo para el viaje —dijo Hugo Berengario, con templando desde la puerta abierta de la cabaña de fray Cadfael, en el huerto de plantas medicinales, la hierba todavía verde y las pocas rosas altas y raquílicas que todavía seguían floreciendo valerosamente. El mes de diciembre de aquel año del Señor de 1141 se había presentado casi de puntillas acompañado de unos suaves vientos y unos cielos levemente encapotados—. Como todas estas almas tan mudables que se volvieron hacia la emperatriz cuando estaba en su gloria y ahora se ven obligados a ocultarse mientras dan otra vez la vuelta. Ahora mismo muchos estarán conteniendo la respiración y procurando pasar lo más desapercibidos posible.

—Mala suerte ha tenido su reverencia el legado papal —dijo Cadfael— porque él no puede esconderse, ni pasar desapercibida cualquier cosa que haga. La vuelta la tendrá que dar a pleno día y con todos los ojos clavados en él.

Dos veces en un año es pedirle demasiado a cualquier hombre.

—¡Ah, pero es en nombre de la Iglesia, Cadfael, en nombre de la Iglesia! No es un hombre el que da la vuelta sino el representante del Papa y de la Iglesia, el cual debe preservar la infalibilidad de ambos a toda costa.

Dos veces en un solo año, Enrique de Blois había convocado en efecto a sus obispos y abades a un consejo, una vez en Winchester el siete de abril, para justificar su apoyo a la emperatriz Matilde como gobernante, cuando su estrella estaba en ascenso y tenía a su rival el rey Esteban encarcelado en Bristol, y otro ahora en Westminster el siete de diciembre para justificar su vuelta a Esteban, toda vez que el rey se encontraba de nuevo en libertad y la ciudad de Londres había puesto definitivamente fin a las pretensiones de Matilde de establecerse en la capital y apoderarse finalmente de la corona.

—Si todavía no esta mareado, ya tendría que estarlo a esta hora —añadió Cadfael, agitando su castaña tonsura entrecana con una mezcla de admiración y reproche—. ¿Cuántas vueltas van? Primero, juró lealtad a la dama al morir su padre sin un heredero varón, después aceptó la toma del poder por parte de su propio hermano Esteban en ausencia de Matilde y, cuando declina la estrella de Esteban, sella la paz con la dama, ¡una paz muy precaria, por cierto!, y lo justifica, diciendo que Esteban ha injuriado y agraviado a la Santa Iglesia... Ahora tendrá que volver del revés el mismo argumento, ¿acaso se va a sacar alguna otra novedad de la manga?

—¿Qué novedad podría haber? —se preguntó Hugo, encogiéndose de hombros—. No, escurrirá la última gota de su servicio a la Santa Iglesia y sacará el mejor provecho posible de todo lo que le oyeron decir justo el pasado mes de abril. No convencerá a Esteban como tampoco convenció a Matilde, pero el rey lo pasará por alto con un par de gruñidos disimulados porque no puede permitirse el lujo

de rechazar el apoyo de Enrique de Blois como no se lo pudo permitir Matilde en su día. Y el obispo rechinará los dientes, mirará a sus clérigos a los ojos y se tragará la bilis con el mayor descaro.

—A lo mejor es la última vez que tiene que cambiar de chaqueta —dijo Cadfael, alimentando el brasero con algunos trozos de turba hábilmente colocados para que siguiera ardiendo con lenta y moderada llama—. La emperatriz ha desaprovechado la que probablemente era su única oportunidad.

La regia hija del rey Enrique había resultado ser una mujer muy extraña. Casada en su infancia con el sacro emperador romano Enrique V, había conseguido ganarse de tal forma el favor del pueblo de su esposo en Alemania que, cuando la llamaron a Inglaterra a la muerte de éste, las masas se levantaron consternadas y afligidas para suplicarle que se quedara. Y, sin embargo, allí en casa, cuando el destino arrojó a su enemigo a sus manos y mantuvo la corona en suspenso sobre su cabeza, se comportó con tal vengativa arrogancia e impuso tales castigos por las pasadas afrentas que los habitantes de la capital se levantaron con análoga indignación, pero no para pedirle que se quedara sino para expulsarla y poner violentamente fin a sus esperanzas de convertirse alguna vez en su soberana. Era bien sabido que, a pesar del rencor con que podía tratar a sus mejores aliados, era capaz también de conservar el amor y la lealtad de sus mejores barones. En el bando de Esteban no había nadie capaz de competir con el hermanastro de la emperatriz, el conde Roberto de Gloucester, o con su defensor y presunto amante Brian FitzCount, su paladín más oriental en la fortaleza de Wallingford. Sin embargo, haría falta algo más que un par de héroes para salvar ahora su causa. Se había visto obligada a devolver a su real prisionero a cambio de su hermanastro, sin el cual no podía abrigar la esperanza de conseguir nada. Y allí estaba en Inglaterra de nuevo como al principio, con todo todavía por hacer. Pues, si la

emperatriz no podía ganar, tampoco podía darse por vencida.

—Desde aquí donde yo estoy ahora —dijo Cadfael con tono meditativo—, estas cosas se me antojan extrañamente lejanas e irreales. Si no hubiera vivido cuarenta años en el mundo y entre los ejércitos, dudo que los tiempos que corren me pudieran parecer otra cosa que un mal sueño.

—No son tal cosa para el abad Radulfo —dijo Hugo con insólita seriedad. Volvió la espalda al húmedo y apacible huerto que se estaba sumiendo suavemente en el letargo invernal y se sentó en el banco adosado a la pared de madera. El delicado resplandor del brasero, moderado por la turba, iluminaba los audaces perfiles de sus mejillas, mandíbulas y sienes, haciéndolos destacar entre las profundas sombras, y se reflejaba en sus negros ojos antes de que sus parpados y sus oscuras pestañas apagarán los destellos—. Este hombre sería un consejero de reyes mucho mejor que casi todos los que se congregan alrededor de Esteban, ahora que ha recuperado la libertad. Pero no les diría lo que ellos quieren escuchar y ninguno seguiría sus consejos.

—¿Cuáles son las nuevas del rey Esteban ahora? ¿Cómo ha soportado el año de cautiverio? ¿Va a seguir luchando o se le ha empañado el ardor? ¿Qué va a hacer ahora?

—Quizás pueda responder mejor a eso pasada la Navidad —contestó Hugo—. Dicen que goza de buena salud. Pero ella lo encadenó y eso no creo que ni siquiera él este dispuesto a olvidarlo fácilmente. Ha salido más delgado y hambriento que cuando entró, y las torturas del vientre sirven a veces para que la mente se concentre. Siempre fue un hombre capaz de iniciar una violenta campaña o asedio el primer día, cansarse de ello si no conseguía nada al tercero e ir en busca de otra presa al quinto. Puede que ahora haya aprendido a mantener el ojo firmemente clavado en una presa y a no apartarlo de ella hasta que la cobre. A veces, me pregunto por qué lo seguimos sin mirar jamás a nuestro alrededor, pero entonces le veo enzarzado en una

batalla tal como hizo en Lincoln y comprendo muy bien la razón. Incluso cuando tiene a esta mujer prácticamente en sus manos, tal como ocurrió cuando ella se plantó por primera vez en Arundel, y le ofrece una escolta para que la acompañe a la fortaleza de su hermano en lugar de apoderarse de ella, le maldigo por su insensatez, pero le aprecio aunque le maldiga. Sólo Dios sabe que otra monumental locura de equivocada caballerosidad podrá cometer ahora, pero estoy deseando volver a verle y tratar de adivinar sus intenciones. Como el abad, yo también me tendré que ir, Cadfael. El rey Esteban quiere celebrar la Natividad de este año en Canterbury y volver a ceñir la corona para que todo el mundo pueda ver cual de las dos cabezas pertenece al monarca ungido. Ha convocado a todos sus gobernadores para que acudan allí y le rindan cuentas de sus condados. Yo entre los demás, pues aquí no tenemos un gobernador debidamente nombrado que pueda rendirle cuentas —Hugo levantó los ojos y contempló largamente de soslayo el atento y pensativo rostro de Cadfael—. Una medida muy sensata. Tiene que saber con que lealtades cuenta tras haberse pasado casi un año en prisión. Pero no cabe duda de que eso puede suponer mi caída.

La idea fue para Cadfael un inesperado sobresalto. Hugo había ocupado el cargo de gobernador tras la muerte de su superior Gilberto Prestcote como consecuencia de las heridas sufridas en combate, en un desesperado momento en que el rey ya se encontraba prisionero en el castillo de Bristol y no tenía capacidad para nombrar o destituir a los gobernadores de sus condados. Hugo le había servido y había mantenido la paz sin autoridad, y merecía ser recompensado por ello. Pero, ahora que el rey era nuevamente libre de hacer y deshacer, ¿confirmaría en su cargo a aquel joven representante de la pequeña nobleza o utilizaría el nombramiento para halagar y ganarse el apoyo de algún barón de la frontera?

—¡Tonterías! —dijo Cadfael con firmeza—. Este hombre sólo es necio en lo que a él le toca. Os nombró auxiliar de su gobernador en cuanto vio vuestro temple. ¿Qué dice Aline a eso?

Hugo no podía oír pronunciar el nombre de su esposa sin que se suavizaran los ásperos rasgos de su rostro y Cadfael no podía pronunciarlo sin que la solemnidad de su semblante se relajara en una sonrisa. Había sido testigo del cortejo y la boda y era padrino del hijo de ambos, el cual cumpliría dos años por Navidad. La infantil dulzura y el pálido cabello rubio de Aline se habían trocado en una dorada y venerable serenidad a la que ambos recurrían en los momentos difíciles.

—Aline dice que no confía demasiado en la gratitud de los príncipes, pero que Esteban tiene derecho a elegir a sus propios servidores, tanto si actúa con prudencia como si lo hace con insensatez —comentó Hugo Berengario.

—¿Y vos? —preguntó Cadfael.

—Si me mantiene su favor y su confianza, seguiré defendiendo las fronteras en su nombre y si no, regresare a Maresbury y, por lo menos, defenderé el norte contra Chester en caso de que el conde trate de nuevo ampliar sus territorios. El gobernador que nombre Esteban deberá encargarse de defender el oeste, el este y el sur. Y vos, mi viejo amigo, tendréis que hacer un par de visitas a mi casa por Navidad para hacerle compañía a Aline en mi ausencia.

—Entre todos nosotros —dijo fervientemente Cadfael—, yo seré el más dichoso en las próximas fiestas. Rezare por la felicidad de mi abad en su misión y para que vos la alcancéis en la vuestra. La mía esta asegurada.

Habían enterrado al anciano padre Adan, vicario durante diecisiete años de la parroquia de la Santa Cruz en la barbacana de Shrewsbury, una semana antes de que el abad Radulfo fuera convocado al consejo del legado papal en Westminster. El derecho de colocación de aquel beneficio eclesiástico correspondía a la abadía y la gran iglesia de

San Pedro y San Pablo era también la parroquia de la Santa Cruz, cuya nave estaba abierta a las gentes que vivían fuera de las puertas de la ciudad, en aquel populoso suburbio que casi se consideraba un barrio como los del interior de las murallas. El regidor de la barbacana, Erwaldo el carretero, utilizaba pública aunque oficiosamente el título de preboste, y tanto la abadía como la Iglesia y la ciudad le toleraban aquella inofensiva jactancia, pues la Barbacana de los Monjes era un distrito respetable y relativamente cumplidor de las leyes, que apenas causaba quebraderos de cabeza a las autoridades debidamente constituidas de la ciudad. Alguna pendencia ocasional entre los seglares y la abadía, algún breve altercado entre los fogosos jóvenes de la barbacana y los de la ciudad, y apenas ninguna otra cosa capaz de quitarle el sueño a nadie.

El padre Adan llevaba allí tanto tiempo que todos los mozos habían crecido bajo su benévola sombra y todos los mayores le tenían por un igual que apenas se distinguía de ellos a pesar del cargo que ostentaba. Vivía solo en su casita de una calleja frente a la iglesia y tenía a un anciano labriego libre que cultivaba su terruño y unas exiguas tierras de labor en los campos pertenecientes a la parroquia, pues la Santa Cruz se extendía más allá de la calle mayor de la barbacana. Era una parroquia muy vasta, cuyos feligreses estaban formados a partes iguales por los artesanos y mercaderes del suburbio y por los aldeanos y campesinos de la campiña. Para ellos era muy importante saber que clase de sacerdote iba a suceder al padre Adan. El anciano, desde el leve purgatorio en el que tal vez se encontrara en aquellos momentos, velaría sin duda por las ovejas de su rebaño.

El abad Radulfo presidió el funeral de Adan y el prior Roberto, más digno y elegíaco que nunca, alto, plateado y plenamente consciente de su nobleza, pronunció la oración fúnebre, tal vez con un ligero toque de condescendencia, pues Adan apenas sabía leer y escribir y era un hombre de

humildes orígenes y sin ninguna pretensión. Sin embargo, fue Cynrico, el sacristán de la Santa Cruz que había estado con el sacerdote durante casi todos los años en que éste ocupó el cargo, quien pronunció en privado el mejor epitafio mientras recortaba los pabilos de las velas del altar en presencia de fray Cadfael, el cual se había detenido al pasar para expresar su condolencia y su simpatía personal al hombre que sin duda más echaría de menos al difunto.

—Un hombre triste y bondadoso —dijo Cynrico mientras sus ojos profundamente hundidos se concentraban en el pabilo que estaba recortando y su voz sonaba tan áspera y melancólica como siempre—, un hombre cansado con una debilidad especial por los pecadores.

Era insólito por demás que Cynrico pronunciara quince palabras seguidas como no fueran las respuestas aprendidas de memoria en los santos oficios. Quince palabras de su propia cosecha tenían toda la fuerza de una profecía. Un hombre triste porque había escuchado y atendido los perpetuos fallos de la humanidad durante diecisiete años, un hombre cansado porque los constantes consuelos, reproches y perdones dejan exhausto a un hombre ya a los sesenta años, y especialmente a uno que no tenga la menor inclinación natural a la malicia o la cólera. Un hombre bondadoso porque había conseguido conservar en cierto modo la compasión y la esperanza contra la marea de la falibilidad humana. Si, Cynrico le había conocido mejor que nadie. A lo largo de sus años de servicio había absorbido una parte de aquellas mismas cualidades, aunque careciera de la autoridad de su superior.

—Le echarás de menos —dijo Cadfael—. Todos le echaremos de menos.

—No estará muy lejos de nosotros —dijo Cynrico, recordando el pabilo entre el índice y el pulgar.

El sacristán pasaba de los cincuenta, pero no había forma de saber en cuantos, pues ni él mismo conocía el año exacto de su nacimiento aunque sí el día y el mes. Tenía el

cabello negro, los ojos oscuros y la tez cetrina, y andaba de un lado para otro con una deslustrada túnica negra de orlas raídas por los muchos años de uso. Ocupaba una pequeña habitación encima del pórtico norte donde el padre Adan se revestía con las vestiduras sacerdotales y guardaba los ornamentos eclesiales. Era un hombre serio, taciturno y sosegado, de fuertes huesos, pero enjutas carnes debido a la existencia de ermitaño que llevaba, pero también a la falta de medios. Procedía de una familia campesina libre y tenía un hermano al norte de la ciudad, casado y con hijos, al que visitaba de vez en cuando en ocasión de festividades o festejos, lo cual ocurría ahora muy de tarde en tarde, pues toda su existencia estaba centrada en la gran iglesia y la pequeña habitación de arriba. Una figura y un semblante tan silenciosos, cerrados y oscuros hubieran podido suscitar temor y prevención, pero no era así, pues todo el mundo sabía lo que se ocultaba bajo aquella oscuridad y aquel silencio, incluso los traviosos chiquillos de la barbacana a quienes no inspiraba el menor temor ni la menor aversión. Era un buen hombre, con sus propias preferencias y peculiaridades y muy poco locuaz, por cierto, pero, cuando se le necesitaba para algo, allí estaba él. Al igual que su superior, jamás despedía a nadie con las manos vacías. Aquéllos que no se encontraban a gusto con su muda compañía, por lo menos le respetaban y entre los que sí, se incluían los más inocentes y cándidos. En verano, los niños y los perros solían sentarse tranquilamente con él en los peldaños del pórtico norte y llevaban a su manera el peso de la conversación, necesaria en semejante amistad, mientras él los escuchaba. Muchas madres de la barbacana, contentas de ver a sus retoños en tan armoniosa familiaridad con un respetable hombre de Iglesia, se preguntaban por qué razón Cynrico no se habría casado y engendrado hijos, teniendo con ellos tanta afinidad como evidentemente tenía. No podía ser por su oficio de sacristán, pues en muchas parroquias del condado los había casados y nadie pensaba mal de

ellos. La nueva hornada de clérigos sin mujer estaba empezando apenas a abrirse paso en aquellas regiones y nadie, ni siquiera los obispos, miraba todavía con malos ojos a los de la vieja escuela que no acataban las normas. Los monjes eran monjes y habían hecho una libre elección, pero los auxiliares eclesiásticos seculares podían seguir siendo seculares sin reproche.

—¿No tenía ningún pariente? —preguntó Cadfael.

Cynrico era el único que podía saberlo.

—Ninguno.

—Acababa de ser nombrado sacerdote de aquí cuando yo vine de Woodstock con el abad Heriberto, que entonces era el prior Heriberto porque el abad Godefrido aún vivía —dijo Cadfael—. Tu viniste, si no recuerdo mal, uno o dos años más tarde. Eres más joven que yo. Tú y yo juntos podríamos escribir toda una historia de cogullas y sotanas aquí en la barbacana durante todo este tiempo. Sería un hermoso homenaje a la memoria del padre Adan. Sin añadir ni omitir nada. Tenía sus eternos penitentes, pero ésa era su mayor gloria, que siempre volvieran. No podían prescindir de él. Y él sostenía el hilo que los obligaba a volver, tanto si querían como si no.

—Así es —dijo Cynrico, recortando el último pabito con las unas de sus dedos y enderezando los cirios del altar parroquial mientras se apartaba un poco y comprobaba con los ojos entornados que todos los cirios estuvieran en perfecto orden como soldados montando guardia.

Le crujía la garganta cuando utilizaba más palabras que de costumbre y obligaba a las cuerdas vocales a doblarse.

—¿Hay algún hombre en perspectiva?

—No —contesto Cadfael—, de lo contrario el padre abad te lo hubiera dicho. Mañana se va a toda prisa, a Westminster para asistir a un consejo, por lo que esta cuestión deberá esperar a su regreso, aunque ha prometido resolverla cuanto antes. Conoce la necesidad. Puede que fray Jerónimo aparezca por aquí de vez en cuando hasta que